

Democratización de la Enseñanza

A fines del año pasado, Roger Ueberschlag de Cahiers Pédagogiques, entrevistó a Jacques Julliard, miembro del comité directivo de la revista *Esprit*, sobre el tema ¿Qué es la democratización de la enseñanza? En seguida recogemos, en lo esencial, los conceptos que integran la citada entrevista.

Expresa Julliard que existen varios conceptos de la democratización de la enseñanza; el primero descansa en el mecanismo de la selección social, en la elección de las élites, de las clases dirigentes. Añade que “la principal idea de la filosofía de las luces y, posteriormente, del positivismo del siglo XIX, fue que el progreso de la sociedad está condicionado por la selección de sus élites. Y ha sido en función de esta idea como ha sido pensada y creada la escuela”. Julliard remata dicha exposición diciendo que “desde el punto de vista del interés colectivo, el mérito y el talento son ciertamente mejores métodos de selección que el dinero, el origen o todo lo que queramos imaginar”. Dice, asimismo, que hoy se ambiciona dar a todos las mismas oportunidades, democráticamente, lo cual quiere decir que se va a intentar reducir, y si es posible suprimir, las desigualdades iniciales que suponen la fortuna, el medio social, y sobre todo, el nivel cultural de los padres. Todo esto no para llegar a otra desigualdad toda vez que imperará un criterio de selección. “En realidad con una selección basada en el mérito, la sociedad conserva y consagra las desigualdades, solamente que las motiva de otra forma. Y son precisamente esas desigualdades, cualesquiera que sean sus causas, lo que se me parece inaceptable.”

Al referirse a la disyuntiva ¿Promoción individual o promoción colectiva? asienta que la verdadera democratización de la enseñanza es cosa muy distinta, supone una revolución no sólo en los métodos, sino en la propia óptica de la escuela; una óptica que debe dejar de ser la promoción individual. “En otros términos -dice Julliard a continuación de ilustrar con ejemplos su exposición- la escuela, hasta hoy, está organizada para hacer más permeables las barreras. Pero lo que hoy está en entredicho son esas barreras. La escuela debe ser un medio no solamente de promoción individual, sino de promoción colectiva. La escuela será democrática no el día en que haya una mayor movilidad social y escolar, sino cuando revalúe lo que la misma sociedad desprecia, el día en que destruya la maldición secular, incluso milenaria, que pesa sobre el trabajo manual; el día que en vez de la promoción individual de un trabajador de cuando en cuando se lleve a cabo la promoción colectiva de su condición transformada por ellos mismos.”

Roger Ueberschlag, el entrevistador, abordó el tema de si es la escuela fuente o resultado del cambio social en estos términos: “La promoción colectiva es una idea muy estimulante, pero ¿cómo va a traducirse en la sociedad, en la organización de las profesiones y también en la vida y en la técnica escolares?” El entrevistador termina con otra pregunta: “¿De qué medios se valdrá la promoción colectiva?”

Jacques Julliard distingue dos cuestiones. La primera pone en evidencia las relaciones entre la escuela y la sociedad. “La escuela, ¿es la única que puede realizar la promoción colectiva...? Ciertamente que no. No se conseguiría nada si el movimiento no se produjese también en la sociedad. No voy a entrar en la querrela de saber por dónde se debe comenzar: si es la escuela la que debe transformar a la sociedad o la sociedad a la escuela.” Después de reconocer que la escuela está acostumbrada a ejercer una gran libertad crítica, enfatiza que es aquí donde la escuela puede dar la primera sacudida; pero si la sociedad no la sigue, no habrá nada que hacer. Y pone el subrayado mayor del análisis al reconocer indispensable una revisión general del sistema, donde pueden jugar un considerable papel los sindicatos. “La escuela daría la primera sacudida -reitera-, el movimiento se comunicaría al conjunto de la sociedad y, por último, la escuela volvería a examinar el tema con más seriedad, una vez que las estructuras mentales fuesen modificadas. Hay en ello un movimiento de vaivén que resulta indispensable.”

Julliard al responder a la pregunta relacionada con la Nueva orientación de la escuela hacia la promoción colectiva, reconoce que ninguna institución, aparte de la escuela, consagra tanto tiempo y esfuerzos en enjuiciar su propia eficacia; lo paradójico -reconoce- es que obtenga tan escasos resultados. “Pero tampoco hay que creer que el cambio es fácil. Una vez más, mientras la sociedad sea jerárquica, la escuela estará también jerarquizada.” “Nuestros esfuerzos por desjerarquizarla suponen una gran dosis de hipocresía” -reconoce sin ambages. Y presenta este argumento: “El fondo de la cuestión es que al disponer la sociedad de un cierto número de puestos envidiables tiene que haber una lucha por ellos. Si por una especie de puritanismo la

escuela se quisiera situar fuera de esta lucha, ésta tendría lugar en otra parte, pero nada cambiaría.”

El cambio sólo se puede hacer por etapas, y para transformar las estructuras mentales el método es importante. La experiencia. . . “me ha demostrado que a partir del momento en que, por poco que sea, se prescinde del control de conocimientos o del control de los resultados, aparece una especie de solidaridad y de promoción colectiva y vemos no un esfuerzo desinteresado -pues no somos ni tontos ni utópicos-, sino una valoración del objeto del trabajo a expensas de sus consecuencias sobre la carrera escolar individual. Podría incluso decir que disminuye el aburrimiento escolar: en el momento en que los estudiantes trabajan un poco menos, comprenden por los resultados que lo que hacen es interesante, puesto que lo es realmente, y si lo desconocían es porque el interés en lugar de centrarse en el propio objeto se volvía hacia su utilidad social; ese descentramiento fue lo que dio lugar al aburrimiento escolar que, por otra parte, no es cosa reciente.”

En la pregunta de Roger Ueberschlag de si es posible la democracia directa, existen elementos como que a partir de un cierto límite, de un cierto número de participantes, su aplicación es difícil y que por ello muchas veces se renuncia a la democracia para volver a formas de administración decididamente autoritarias.

La respuesta cita que uno de los obstáculos que se oponen a la escuela autodirigida son las estructuras mentales anteriores. Julliard cita al respecto opiniones de sociólogos como Pitts y Crozier, bien compenetrados sobre lo que podría ocurrir en comunidades delincuentes y otros temas colaterales. Todo esto con el fin de insistir que un primer obstáculo contra la democracia en la escuela son las estructuras mentales.

Existen otros, reconoce. Acepta que habría que ir más lejos en lo que toca al tamaño de las instituciones. Sobre todo debería estimarse como medida a cumplirse a corto plazo lo que se refiere a la comunicación directa, al diálogo -socrático o aristotélico-, que durante siglos fue el medio normal de transmitir el legado cultural; en este respecto la escuela ha ido de mal en peor. “Esta nació el día en que se pensó que el rendimiento sería mejor si uno solo hablaba y los demás escuchaban. Yo no creo, ciertamente, en la destrucción de la escuela, sino en su decadencia, como dijo Marx del Estado. Y no ha sido por azar como el gran desarrollo de la escuela ha coincidido con el auge de la sociedad, no digo capitalista, sino industrial. La decadencia, por otra parte, se hará por etapas. A medida que el grupo es menos numeroso, la comunicación adquiere un sentido contrario a lo que se había convertido en una simple circulación de la monarquía intelectual, momento en el que puede existir democracia. Pero en la escuela, tal como funciona en la actualidad, existen límites objetivos a la democracia que son rápidamente alcanzados.”

A pregunta especial del entrevistador, Julliard expresa que el movimiento de la sociedad va hacia la centralización, hacia la concentración de las empresas; por lo tanto, hacia la toma de decisiones y del poder, lo cual es contrario a la democracia directa, “a lo que Illich llama la convivialidad, el cambio de sentimientos e ideas, al reparto del poder, y yo añadiría, pensando en la escuela, a la partición del saber”. En seguida de preguntarse “¿Estamos a punto de entrar en la curva?” considera que es difícil afirmarlo, pues reconoce que desde siempre la evolución sigue el mismo sentido; “ahora bien, todas las épocas tienen la ilusión de ser las privilegiadas y de que con ellas se ha llegado a un punto en el que todo va a cambiar.”

Y así, en este camino toca el asunto De la saturación a la ruptura. Julliard no sabe qué ocurre, sólo detecta algunos indicios referentes a la tolerancia del ser humano, campo en el cual se ha llegado a un punto de saturación. Al mencionar temas colaterales se refiere a la velocidad que nos anonimiza. Da otro ejemplo: los estudios, al prologarse más allá de la adolescencia, cercana a la vida activa. Julliard suscribe: “Existe, pues, un desequilibrio que sólo se remediará mediante un nuevo acontecer, un new deal, en las relaciones con el trabajo, el ocio y el estudio.”

Sugiere que no es imposible que la curva tome dirección diferente virtud al redescubrimiento de las microsociedades, y de paso dice que el repliegue sobre las culturas regionales, a veces incluso locales, puede suponer un aspecto folclórico discutible, pero el hecho es significativo.

Otro hecho, que se refiere ahora a la enseñanza, sobre todo a la superior, pero también a la secundaria, es el de los alumnos que deciden por sí mismos suspender sus estudios, aunque cuenten con medios suficientes y posibilidades de terminarlos, y que es un fenómeno frecuente entre buenos alumnos. “Para ellos se trata de escapar a una mecánica social centralizada, sin piedad. Entonces se dedican a actividades marginales,

por ejemplo, de tipo artesanal, y después de una fase de ilusión lírica fracasan en su experimento, pues sus principios son muy contrarios a los de la vida económica general. Sin embargo, ejercen sobre los jóvenes tal poder de fascinación que nos preguntamos si es que no se está realizando ya el cambio de las estructuras mentales de que hablaba hace poco. Es un hecho generacional. Los cortes entre las generaciones han existido siempre, pero son cada vez más profundos; tenían un carácter cuantitativo, pero por primera vez la separación es cualitativa.”

La entrevista que Jacques Julliard concedió a Roger Ueberschlag, como hemos dicho, termina con esta suerte de profesión de fe: “No tengo la religión de la juventud, pero es un hecho que los jóvenes poseen la facultad de pensar a partir de una ruptura. La ruptura de los jóvenes con la sociedad industrial puede comprobarla cualquiera que esté en contacto con ellos, profesor, padres o quien sea.”